

La existencia es, no pocas veces, un intento -fallido o no- de desprenderse de la angustia eludiendo la condición humana. En el momento en que la evidencia de la libertad pesa ya demasiado, no son pocos los que acuden a justificaciones de índole determinista. No hay nada que alivie más al ser humano que liberarse del peso de la responsabilidad, de ésa que juega su papel en primera persona: culpamos a la naturaleza y



a nuestro carácter; pero también nos refugiamos en la creencia del sino y sus terribles designios, los secretos que nos guarda y deja escapar, como bestias voraces, en cualquier momento, sin preaviso. Pero la condición humana y el poder de decisión no responden a una suerte de sistema que predetermina las existencias como las castas hindúes, no.

El peso de la angustia se posiciona por encima del de las alegrías, y esto se erige como el postulado principal de la esencia de las realidades humanas. No obstante, es necesario desprenderse de lo primero para acercarse al segundo y tratar de alargar la sensación que produce la alegría de saberse dueño de uno mismo. A pesar de no haber elegido nacer o de estar sometidos a una libertad que tantas veces podría calificarse de tirana por ese escoger continuo al que nos impulsa, Sartre encuentra en ella la herramienta con la que el hombre se inventa a sí mismo. Nos acerca la evidencia de estar tesis, paulatinamente, al sentido de la existencia, definido tanto por nuestros actos como por nuestras obras. El individuo parte de la nada para convertirse en un proyecto que se encamina a lo real y tangible. El ser humano tiene el poder de construir(se) tomando como punto de partida sus proyectos y el modo de desarrollarlos.